

**TRES COMPARTIMIENTOS
DEL ESPIRITU**

*Para Enrique,
Graciela,
y Guillermo*

I

DEL SENTIMIENTO

EN LA NOCHE, EN EL SILENCIO

Alguien abrió las puertas
de todas las mazmorras, permitiendo
la evasión general de la negrura.
En vano la luciérnaga pretende
encender la caldera
de una inútil
infracción en el parque.
Ladra un perro en sordina. Y el aullido
es envuelto, al nacer, en algodones.
El viento se desdice. La cigarra
se cansa, con su bomba
minúscula de ruidos,
de buscar el instante que destruya
la férrea dictadura del silencio.
Las palabras estruendo, grito, agudo
se escapan de puntitas.
Mas de repente la ciudad despierta,
toda ella, sorprendida
del rumor estentóreo que genera
mi cuerpo en mi mujer sobre mi cama.

ELECTROCARDIOGRAMA

Cómo seguir siendo monógamo
si se tienen cinco sentidos.

E.G.R.

Amo, sí, los crepúsculos.
Pero los amo a todos. Sin exclusividades.
Sin hacerme el tatuaje de uno solo
a mitad de mi pecho.
El del jueves, digamos,
que insolentó violetas en las nubes.
También el del domingo
que mezcló los colores con la audacia
de un Van Gogh que viviese
en lugar de la tela el cielo entero.
El de hace una semana, dedicado
a que en su silla eléctrica de nubes
fallecieran los restos de la tarde.
Y el retrasado y lento
que me asombró hace un año
—yo que guardo memoria de elefante
para todo crepúsculo—
y que, al dejar la sien sobre la almohada,
me hizo manchar su lienzo con el rojo
que conservaba yo bajo la frente.

Me apasionan las flores,
eso sí, sin distingos, preferencias,
sin ser novio, o esposo, o amante de ninguna,
ni dueño de ese pétalo invisible
de la virginidad que alguna esconde.
La rosa, la amapola, la azucena
y la flor del laurel (la artillería
pesada de mi huerto)
no me roban el alma, ni saquean
el amor que me nace por las flores
minúsculas: la nube, la violeta,
en fin, el nomeolvides que se encuentra

jalándonos la manga.

Y así como al crepúsculo y las flores,
amo a todas las piedras, a las lágrimas
de una sensible estatua torturada.
El guijarro me place porque mide
el tamaño de un odio y una gula
insaciable de sangre.
Y la roca rebelde porque aguarda
como puño a mitad de la avenida
sumarse a un descontento callejero.

Amo a todas las piedras.
También a los perfumes
que inauguran jardines en el pecho
o toman de las manos al oxígeno
para ir a los pulmones y amueblarlos
fijando en el lugar más conveniente
el anís, el ocote, la vainilla.

Nunca me he enamorado de una nube.
De una sola no más. Aunque podría
soñarse que un cerebro está buscando
siempre su media nube.

Reparto mi pasión entre la cifra
justa de mariposas.
Si colecciono trinos y los hago,
a golpe de paciencia,
encarnar en la rima de mis versos,
no prefiero uno solo
ni lo tengo grabado para oírlo
murmurando sin tregua.
Luzco el número exacto de inquietudes
que van a copular con el conjunto
de peces existente.

Mas tú dices y dices que tan sólo
te ame a ti y a tu boca. Y a tus manos.
Y a tus estados de alma. Y a tu cuerpo.
Que acaricie la piel de tus prejuicios.
Pero cómo, mi amor, puedo quererte
sólo a ti si tú no eres

la única en el mundo. Si mis dedos
—esculpiendo palabras de esperanto—
pueden tomar la forma
de todas las mujeres.

ELIGE

Baja de ahí. ¿No miras
el peligro de dar
un paso en falso?
Baja de ahí. ¿No escuchas
el crujir de la amenaza?
Ya sé: los pájaros, la nube, el vendaval.
Ya sé: las ramas del poema.
Ya sé, ya sé.
Pero baja de ahí.

O acaba de subirte al cielo.

APETITO

Gozo los días de campo.
Acudir de puntitas y robarle
la soledad a un árbol,
a un matorral de hormigas
y a un valle en que se yergue hasta el agudo
el solo de una rosa.

Gozo los días de campo.
Llegar a espolvorear nuestra alegría
sobre piedras y surcos
y extender, blancamente, como capa
de leche sobre el césped
un pedazo de lino utilizable
como mantel o sábana, de acuerdo
con el lugar del cuerpo en que sintamos
punzar el apetito.

POEMORBOSO

En una página guardo
los labios de Irma,
irmamorosamente;
en otra,
las piernas de Lupe,
lupasionadamente;
en una más
los senos de Marcela,
marcelosamente,
y en otra
las caderas de Inés,
inestupendamente.
Cuando me muera
será como cerrar un libro
(mujeróticamente)
de pornografía.

MINGITORIO PARA DUENDES

Querer al niño
es relatarle cómo perdió la virginidad
la Caperucita Roja.

E.G.R.

1

Hipótesis científica

Según Master and Johnson
no es un cuento de hadas
Blanca Nieves y los siete orgasmos.

2

Hasta empalagarse

Hansel y Gretel acabaron por hallar su casita
de dulces en el lecho.

3

Pompa y circunstancia

Al príncipe valiente
le coronaron los testículos.

4

El secreto

Lo bestial que escondía
la Bella en la entrepierna,
se había apasionado de lo bello
que apretaba la bestia bajo el vientre.

5

Déficit

Con pene tan microscópico,
Pulgarcito ha conseguido

tan sólo menosturbarse.

6

Gatomaquia

La excitación del gato ronronea
cuando logra ponerse con la gata
las botas.

7

Masturbación

Por eso se les llamaba
los tres cochinitos.

8

Antes de llegar Viernes

El Robinson nos cuenta de una isla
por Onán habitada únicamente.

9

Cuando el falo toma la palabra

¡Ábrete séxamo!

10

Espejito, espejito

Al morir Marilyn Monroe
multitud de bellísimas mujeres
corrieron al espejo.

11

Aladino, su lámpara

Hay que saber acariciar.
No frotar bruscamente.
No se trata de despertar el mal genio.

12

El sábado en la noche

Para hacer el amor con la muñeca de los cuentos de Hoffman se requiere darle cuerda. La cosa es excitante: las caderas, el vientre, los pezones, todo el rompecabezas del deseo. Desde luego también es necesario atornillarse el pene.

13

Eyacuación prematura

Había una vez un colorín colorado.

SÚBETE YA LA FALDA

Déjame ver tus senos.
Ánclele que el pezón
asome su nariz sobre la barda
del corpiño.
Súbete ya la falda
que tus piernas
desnudas blancamente
retocen colocándose la media
poco a poco hacia arriba del deseo.
Arrima la cadera
como una luna llena
de miel para mi noche.
Arroja ya el vestido
no le pongas cortinas a mis ojos
quítale a mis pupilas telarañas.
Muéstrame en fin tu sexo
el prólogo a tus células completas.

Te invito a deletrear el infinito.

LA KERMESSE DE LOS SENTIDOS

Iba a ser día de fiesta.
No había enrejados
capaces de detener
el echar la casa por la ventana.
Habíanse turnado invitaciones
a los cinco sentidos de cada uno.
Iban a ensayar todas las posturas
del espíritu.
No le costó demasiado trabajo
desabrochar atrás del corpiño
poco a poco el pudor.
Los senos eran tan igualmente excitantes
que su boca no pudo
sino hacerse
del seco pezón de lo indeciso.
Mas en fin
ahí estaban las caderas,
y la mano,
salvando la empedrada ruta
de unos puntos suspensivos...

Iba a ser día de fiesta.
Pero era solamente
la luna de miel de dos leprosos.

CUANDO EL RELOJ DE ARENA COMIENZA A GOTEAR GRÁNULOS NEGROS

Llegué, pues, a la orilla.
A mis pies, en la cima
se apilaban las nubes
como una vía láctea derrotada
mientras los vientos iban pastoreando
sílabas violentas.
Volví la espalda:
el temor de ser arrojado
y regalarle a otro mi suicidio
me crispó los sueños.
Medí la distancia:
me faltaba sólo un paso de Aquiles
para hacerme al vacío
y dejar al desmadre ya preñado.
Cerré los ojos
permitiendo a mis entrañas arribar hasta mis cuencas oculares.
Empecé a mascar algo negro.
Me hice un ovillo y me precipité.
Fui cayendo sin fin,
como un elevador que descendiera
en medio de la nada,
e ignoro a dónde hubiera ido a parar
si de repente
no me hubiera tropezado
con tus buenos días.

LA HUIDA

A los altos senos de la noche,
formando ya los dos un nudo ciego, sin lazarillo,
le brindamos los últimos
retoques al orgasmo.

A las dos de la fatiga,
se le vio
dispuesta a darle libre curso a las palabras
que se hallan de común en las entrañas del cigarro.

Apagamos las luces del coloquio
le cortamos las alas a las lenguas.
E hipnotizado por el lino
me fui a mi feudo de penumbras.
Me despertó la conciencia de su rigidez.
Le toqué el hombro.
Llevé el dedo meñique hacia su labio.
Me encaramé a su oído.
La sacudí nervioso.
Mas ella ya se había retirado
dejando aquí a mi vera
no el cuerpo de mi goce sino el cuerpo
de no sé qué delito.

PARTIDA DE AJEDREZ

Si gano la partida,
me dices que serás tú mi trofeo.
Todos mis peones han perdido la inocencia,
cada uno carga una trampa bajo el brazo,
cada uno espera detrás de alguna esquina
para ejercer su antropofagia con tus piezas.
Te hago concesiones. Hasta doy
un alfil a torcer.
Me infliges, sí, reverses.
¿Cómo esperar, por ejemplo,
que al hallarse abrevando mi caballo
en un charco de tácticas sutiles,
le dieras en la torre a mis defensas?

Pero pronto, muy pronto, me rehago.
Tu reina da un traspies y te doy jaque.
Es prematuro, digo a mis caballos,
el relinchar victoria.
Un jaque es solamente una jaqueca
que corona a tus príncipes.
Pero bajas la guardia:
el ángel de tu guarda palaciega.
Y, con la marsellesa entre los labios,
me lanzo decidido a la Bastilla.

A tomar el poder. Al jaque mate.
¿Titubeas? Recuerda que las deudas
del juego son sagradas, así es que...
¡Los vestidos al techo, compañera!

LOS TRABAJOS, LOS DÍAS

Abre el día sus ojos de neblina
El frío se levanta
extiende los brazos
y bosteza

Todo el amanecer ocurre en una
gota de ese rocío que resbala
del espolón de un gallo
El campo abre sus surcos
como la mujer que espera a su marido
El labriego eyacula las semillas
que untadas por el tiempo serán frutos

El sol en el cenit
dicta sus mandamientos
de calor
y le da nuevo sitio a los aljófares
transformando los pétalos en frentes campesinas

En la tarde
el campanario suelta
su redoble de palomas
y el día se retira
poco
a
poco
con su morral de crepúsculos
al hombro

II

DE LA VOLUNTAD

PROGRAMA DE VIDA

Nacer profundamente irritado.
Gritar de tal manera
que todos se vuelvan hacia el grito
buscándole su pedestal
de lobo.
Hacer que por los labios entreabiertos
se fugue del pulmón en llamas
la vocal militante.
Ensayar muy pronto los primeros pasos
para aprender a pisotear los insectos
que lanzan pequeñas tarascadas a los talones.
Concebir en la cuna nuestro primer proyecto subversivo.
No dormir en la almohada
(donde anidan los más tibios ademanes maternos)
sino acurrucarnos en nuestro propio puño.
Apachurrar las lágrimas
entre el dedo pulgar y el índice.
Hallarse preparado en todo momento
para desenfundar nuestra mejor injuria,
cortar cartucho
y pasear los ojos
por un jardín de pulsos extraviados.
Buscarle la espinilla a los dioses.
Poner,
desde pequeños,
a nuestro oído en guardia
contra todo
canto de sirena y varaciones.
Desoír la varita de virtud,

sus tristes erecciones.
Rechazar el noviazgo que nos pone
las primeras esposas en las manos.
Luchar a sangre y sexo.
Escribir un epigrama que genere
cuarteaduras en los muros
del partido gobernante.
Pero no confiar demasiado
en las virtudes catastróficas de la lira,
en la toma del poder por los endecasílabos.
Buscar pacientemente en cada cuerpo
el punto en que se esconde la ternura.
Darle piel abierta a la caricia.
Organizar una manifestación
que corra, tumultuosa,
a escuchar en el zócalo un recital
de poesía.
Contemplarse las manos,
a la hora de morir,
y pensar en las obras
firmadas por sus huellas digitales.
No tener temor a la muerte.
Enseñar a los cojones a deletrear el infinito.
Morir tranquilo, en fin, tranquilo.

En paz, serenamente,
si se está convencido
de haber colaborado
con un grano de pólvora
al bendito desorden que se acerca.

PROHIBICIONES PARA SER PEGADAS EN LOS MUROS

Se prohíbe torcerle el brazo a las flores

Se prohíbe cortarle la punta de las alas a la rebeldía para hacer
un gallinero de ángeles

Se prohíbe negar información a los puntos cardinales extraviados

Se prohíbe caminar de puntitas para no despertar el canto de
los gallos

Se prohíbe enarbolar colores con pretensión de banderas

Se prohíbe depositar en un banco nuestra juvenil rebeldía

Se prohíbe dar la izquierda a torcer

Se prohíbe afilar a destiempo la guillotina

Se prohíbe estacionar la poesía en cualquier calle del régimen

RECETARIO

RECETA PARA HACER UN POEMA POLÍTICO

Se pasa uno la noche
leyéndole a su pluma el Manifiesto.
Se lleva un mapa en la bolsa del traje
y se le saca cuando menos tres veces al día
para ver dónde queda Vietnam,
dónde está Angola.
Se hace oídos sordos a los siguientes temas:
los "andamios interiores",
el "páramo de orquídeas"
y, sobre todo, la "rosa encarnada".
Se conjugan todos los verbos
a partir de la tercera persona del plural
y deja uno de pensar,
y de sentir,
y de vivir
y de escribir
y de dar a entender
que la pasioncilla del jueves,
el coito del domingo,
el portazo del lunes
deberían vocearse por las calles,
correr de boca en boca,
salir a ocho columnas en los diarios.

RECETA PARA ENAMORAR A UNA MUJER

Se cuecen a fuego lento dos poemas de Bécquer,
y la ceniza que quede de ellos
se unta suavemente en el pecho de la sujeto.
Se consigue un disco con música de Chopin,
llora uno copiosamente con ella,
se mezclan las lágrimas con una o dos claras de huevo,
se baten poco a poco
y se preparan unos merengues nostálgicos
que se le obsequian a la mujer con un gesto desdeñoso.
Frota uno tres veces consecutivas
el codo izquierdo de la susodicha
tomando la precaución
de que se haga tal cosa un viernes o un martes.
Se humedece la punta de la lengua
y cuando menos lo espere la mujer
se le introduce de golpe en su oreja derecha.
Si no hay resistencia,
se hace tal cosa cuatro veces
y al terminar, se la ve directamente a los ojos,
como diciéndole: fue sólo un avance,
un sábado preñado de domingo.
Se leen a la interfecta
las historias de
Adán y Eva, Romeo y Julieta, Pablo y Virginia,
todos los hombres y Marilyn Monroe.
Se le tocan los senos pero como quien no quiere la cosa:
no como quien exprime una naranja
sino como quien prueba si una ciruela está madura.
Cuando logra uno desnudar su vientre
se llora, en fin, una lágrima
que dé exactamente en el ombligo.

RECETA PARA DESTRUIR UNA FAMILIA

I

Se deja uno los cabellos invariablemente
dos centímetros más largos de lo que consiente nuestro padre.

Cuando nos regañen
porque hablamos al comer,
porque traemos el cuello de la camisa sucio
o porque le sacamos punta
a las peores leperadas;
se contesta a los padres :

a) en verso,

b) con un dedo metido valientemente
en la nariz o

c) cerrando un ojo cada
cinco segundos, reloj en mano.

Debe uno aprender a masturbarse con un hilito
de modo que lo pueda uno hacer en la sala
a la hora en que todos están viendo la televisión
y nosotros las piernas de mamá.

Hay que decirle a nuestro padre sí a todo lo que quiera
sólo los miércoles.

Cuando haya fiesta en casa, por último,
hay que entrechocar, inesperadamente,
nuestro cigarro de mota
con la copa de alcohol de nuestro viejo.

II

Si una descubre que el esposo
tiene una amante
(por ejemplo porque luce testículos muy ojerosos)
se le dice que no hay bronca,
que qué bueno,

que no importa, amor mío,
que yo soy comprensiva,
pero que no me esperes a dormir el sábado.

III

Se ayuda a los hijos a desmontar
las letras de la palabra "padre"
y se les sugiere decir en vez de ella
"el de mayor edad" o
"el que copula con mamá cuando ya nos dormimos".
Se quita uno a lo largo del cuerpo
el pellejo de "esposo".
Se hace exactamente
un millón doscientos mil pedazos
el contrato matrimonial.
Y se deja de usar el anillo de bodas en el pene.

PREPARA YA LA CÁRCEL

Para *Alicia Zendejas*

Y me dije:
hazle señales de humo con incienso,
extiende, con la red,
el amargo panal de la emboscada.
Súbete, pero ya. Llega a la altura
en que pastan las nubes
la vecindad hojosa de la tierra.
Colócate una antena por si acaso
viene con los disfraces de la música
o con las variaciones
en que el tema inicial fuera el silencio.
No olvides los cordones.
Prepara ya la cárcel. Toma. Baja
la mano hasta alcanzar (haz un esfuerzo)
la colección de muros del candado.
¿Qué pasa? Salta, muévete.
Por favor no te quedes con los brazos
tan ciegos como un nudo.
¿Que la red se encontraba agujereada?
¿Que pasó a una distancia desdeñosa?

Se trataba, carajo,
del ángel de las siete treinta y cinco
que se había salido de su ruta.

MI ONDA, CAMARADAS

Cuando estoy
pintando las paredes de mi cuarto
con citas de los clásicos
del marxismo,
discutiendo con mis hermanos
cuál es el talón de Aquiles del zócalo
o haciendo que el nuevo mundo
se vista
por ahora
sólo con el harapo de un volante,
se abre de pronto, sin que nadie lo note,
una pequeña puerta, un intersticio
por la que entra una mujer desnuda,
con una piel tan tersa
como si se untase todas las mañanas
la palabra terciopelo.

Pero también,
cuando estoy abrazándola
inventando castillos en su espalda,
escribiendo poemas en su cuello;
encendiendo a su lado
fósforos de perfume,
descubriendo entre nosotros
el punto más azul del firmamento,
mirando entusiasmados
perros que cambian de color cada vez que ladran,
soltando la caricia que
siembra en su epidermis
el coral llamamiento de los poros
para que se repita,
siento abierta otra puerta, otro resquicio
por donde la ciudad invade el cuarto,
oigo el desgañitarse de los puños,
aprendo qué sucede en las pocilgas,
leo entre barricadas,
me inunda la alegría
al ver que un militante
se llega hacia la tienda de explosivos
e inquiera por mis versos.

LA CLANDESTINIDAD

Veamos.

La clandestinidad es una ciencia.

A quien lo necesite,

puedo recomendarle:

primero, finge ser otra persona,

maquíllate el rostro

con sonrisas serenas

e inocentes,

como si te encontraras saboreando bocados de ambrosía.

Segundo, habla, incluso, de la clandestinidad.

Ponle a tu hipocresía traje cínico.

Hazlo calmadamente

como si te hallases entre los espectadores.

Tercero, no te muestres nunca nervioso.

No te muerdas las uñas de la calma;

húrtale las pezuñas a tu pulso

desbocado.

Cuarto, borra toda pista, todo indicio

de huellas digitales

con el trapo de tu crimen perfecto.

La clandestinidad es una ciencia.

Necesaria

para protegerse

del Estado,

la burguesía,

los granaderos

y los maridos celosos.

EL SUICIDA

Se aseguró de que la carta
a mitad de la mesa
fuera visible.
Se arregló la corbata.
Ya no pudo llorar.
En su cansado perro, todavía
el mundo le movió la cola un poco.
Abrió el estuche
y se llevó a la sien
la última palabra.

EN LA ORDEN DEL DÍA

Que ya no puedes más, que ya tus hombros
no soportan el bulto del cansancio?
Ni modo, camarada, hay que seguir.
¿Que están, dentro de ti, desmoronándose
tus músculos más firmes
como un reloj inserto en las entrañas?
Ni modo, camarada, hay que seguir.
¿Que te invade la sed, que sufres hambre
y tu estómago empieza a enloquecer,
a tañer su campana de vacío
para llamar a mesa y a manteles
que digan pan al pan y al vino vino?
Ni modo, camarada, hay que seguir.
¿Que temes la tortura?
¿El duelo de la sangre y las ideas?
¿Que se acerque el esbirro
a buscar en tu piel planes y sueños?
¿En tu alarido el nombre de tu hermano?
¿Alguna dirección en tus testículos?
Ni modo, camarada, hay que seguir.
Hay que ser partidarios de la tesis
del odio permanente.
Hay que hallarse sin tregua
con la iracundia al hombro
para estar algún día en pie de paz.
Ni modo, camarada.
Cansancio, hambre, temor, qué significan,
para el que ha decidido,
con su cincel en mano,
levantar la escultura de su grano de arena.

LO QUE GUARDO DEBAJO DE LA ALMOHADA

Tres puntos suspensivos amaestrados
La palabra rebeldía
El adagio de la Novena
Dos, tres poemas que no han roto aún su cascarón
La sonrisa de Alicia
Una tinta invisible para escribir mis versos entre líneas
Una mano que está muerta de tacto
Mi colección completa de senos y de vientres
Lo que cargo en la mente:
Lo que se encuentra arriba de la almohada.

LA EXCEPCIÓN

La identidad (rodar la misma cosa
en medio de ese tránsito de verbos
que corren pastoreando su parcela
de realidad)
bajo el rayo del sol, no se derrite.
Nada hay nuevo, mujer, bajo tus ojos.
Las palabras mudanza,
movimiento y efímero
tienen alguna letra parmenídea.
La pompa de jabón hace recuerdos.
Nada, bajo la noche, ni el lunático
que aúlla su demencia hasta colgarla
del cuerno de la luna,
resulta novedad, cambio, sorpresa.
Se avería el motor de los gerundios.
Los caballos se quedan sin pezuñas.
Hay quien lejos de todos
tira un reloj al suelo y lo pateo.
La muerte está en la lista de las bajas.
Algo logra escaparse de la peste
de un tiempo contagioso.
Mas la roja excepción que hay en mi pecho
sabe que no es posible
bañarse por dos veces, en la misma
turbulencia de sangre.

III

DEL INTELECTO

LA POESÍA

1

Génesis

Todo comenzó
cuando la mano derecha
estuvo encinta.

2

Vagabundo

Es que, niño, te abandonaron
por estas calles
al cumplir los tres versos.

3

Altercado

Llegas con la camisa rota,
con un consonante casi desprendido,
llenas de moretones tus metáforas,
todo el cuerpo mugriento y con un verso
cojo.
Antes de preguntarte, me confiesas
que poemas mafiosos, pandilleros
(pinches lumpen poemas) sin decir letra
te dieron en la madre.

4

Hijo pródigo

Anda, mocososo,
el papel te recibirá
con los brazos abiertos.

5

In fraganti

Volví a la casa intempestivamente.
Abrí de golpe uno de mis libros
y me encontré a un poema
masturbándose.

6

In memoriam

Este epigrama,
tras de entrar en coma,
tuvo un paro poemático,
se le nublaron los ojos
y perdió el sentido.

7

Nada que hacer

Deja ya de llorar. Sécate con esta hoja de papel.
No había nada que hacer, si acaso
ponerle dos, tres dedos en la frente.
La agonía duró toda la noche.
Las toses renovadas,
ensartadas una a una por la angustia,
el rítmico estertor en que luchaban
cuerpo a cuerpo la vida con la nada,
y ese buscar las manos
una ayuda en los pliegues de la sábana.
Le cerraré los ojos a su pulso.
Deja ya de llorar. Y vete
por la caja mortuoria.

Era un poema enfermo, desahuciado,
sin la palabra lucha en uno solo
de sus versos.

8

El numen tras las rejas

Para José Pardo

Este poema estuvo en Lecumberri.
Si lo ven contrahecho y tembloroso
si no sabe guardar la compostura
y si al hablar escupe, escupe sangre,
les pido por favor que lo perdonen.
Se trata de un poema torturado.

9

Plan rigurosamente clandestino

Guerrillero,
secuestraré algún poema famoso,
de aquellos que necesitan,
para andar por las calles, guardaespaldas,
violentísimos ángeles custodios,
lo haré
para pedir a cambio
los poemas reclusos
en las cárceles de México.

10

Confesión

Y fíjese que mi chamaco
me ha salido muy rebelde.
Qué dolor de cabeza.
No se imagina
hasta dónde se ha dejado crecer los cabellos.
Habla el cabrón el famoso
lenguaje de la onda.
No sé; pero hasta creo que fuma marihuana
y el muy promiscuo
se acuesta con dos o tres amigas
al mismo tiempo.
Pero eso no es lo peor,
habla todo el día del dichoso marxismo...

Cuando lo veo con sus cuates,

otros poemas melenudos y cochinos,
creo que un día de éstos,
no se olvide lo que le digo,
él y los otros
nos van a hacer un sesenta y ocho literario.

11

La cópula de Cronos y de Marte

Este poema
es una de esas bombas
donde se precipita,
en la mecha,
una luciérnaga
anarquista.

Es, mejor, una bomba de tiempo.
De mecanismo eléctrico:
la cópula de Cronos y de Marte.

¿Dónde habrá que ponerla?
¿Qué sitio destruir?
Hay tanto que merece
cabalgar en los hombros de la ruina.
O encallar las narices en el polvo.

Es una bomba de tiempo.
Si acercas, lector, tu oído hacia el papel,
puedes oír el tic tac o el taconeo
con que pausadamente avanza
el pastor de añicos.

Mientras lees, lector, este poema,
no lo muevas,
no lo leas de prisa,
no lo toques.
Al terminar,
pasa la hoja suavemente,
con los ojos cerrados,
sin respirar siquiera.

12

Parte militar

La guerrilla urbana
destruyó
dos pozos petroleros,
uno de los edificios del partido oficial,
un campo militar,
una red telefónica
y la Academia de la Lengua.

13

Era cosa de atreverse

El peligro eran las uñas.

Después de tanto trabajo
(la abuela, el pasamanos roto,
el perro atragantado de ladridos),
faltaba sólo el último peldaño:
audazmente llegarle
en primera persona de posesión,
consolidar mi monogamia con su lecho.
Pero el peligro eran las uñas.
Las diez.
Insidiosas, agresivas,
alambrada de púas mojigata.

Ella estaba desnuda,
dada a luz por el vientre de su ropa,
apretándose el seno con la diestra
para dar de mamar a mi excitada
expectación visual.

Ella estaba desnuda.
Tuteándose la almohada y las caderas.
Las piernas abiertas
con una afirmación apretada
por su sexo.

Era cosa de atreverse,
tirar la colilla
de la timidez

y aplastarla con el zapato.

De atreverse
y tomar por asalto
algún estado de ánimo resuelto.

Pero estaban las uñas.
Dedos que montan guardia,
prole inquieta de ángeles custodios.

Yo me hallaba desnudo
con la ropa interior diseminada
en diversos rincones de la prisa.
Desnudo,
con todo lo mío proyectado al cielo.

Acerqué una mano.
Y las eléctricas mandíbulas de una uña
la hicieron retroceder.

Tuve que volver a vestirme
y dejar a mi espalda
el gruñir de las diez enemigas.

Me alejé.
Me senté lejos de ella.
Para ponerme a escribir
este pobre poema que se muere
de dolor en los testículos.

14

La hora

No entendemos ya nada. Los vocablos
en el ir y venir pierden la ruta,
se ahorcan con las riendas.
Levantamos castillos
pero usamos adobes de derrumbe.
Nos lanzamos a un diálogo de látigos.

Las preguntas nos sitian, y nos damos
por vencidos. Callamos. Llegó la hora
de que se precipite hacia nosotros

el ave de rapiña de un poema.

15

La peor larva de todas

Ahí junto al viejo muro
se hallaba con las manos atadas.
De la boca le salían
efímeras estatuas de saliva.
El temblor
era su verdadera columna vertebral.
El pelotón avanzó hasta ponerse frente a él
como sepultureros que empezaran
a echarle paletadas con la arena
de su reloj de arena,
gránulos que guardaban el cadáver
de un tic tac en cada uno.
Los soldados traían
sus cananas atestadas de párpados cerrados.
El comandante dio la orden
y los máuseres arrojaron a un tiempo
una ráfaga de instantes homicidas,
el velorio de un pulso,
el café con piquete de tristeza,
la tumba, la lápida,
el conciliábulo de gusanos
y la peor larva de todas: el olvido.
Yo pasé en ese momento.
Lo contemplé sin prisa.
Y, ganándole la iniciativa a la lástima,
lo arrugué con las manos
y lo arrojé a la fosa común
de mi cesta de papeles.

16

Hay que tener calma

Corazón,
ve a mecer la cuna
del Hai Ku.
Que ya no llore,
dale su biberón de palabras.
Llegará el día

en que sea un poema hecho y derecho
Tengamos calma.
La Divina Comedia
comenzó a gatear
con su primer terceto.

17

Una mala palabra

Amanecí
con una mala palabra en la punta de la lengua.
Era un pequeño mitin de saliva
rabiosa. Una jauría
de gérmenes que muerden los talones
de sus propias mandíbulas.
La grabación de un rechinar de dientes.
Un pasarse la noche
más oscura del alma
con el furor en vela.
El más feroz estado de ánimo de mi puño.
En verdad un bellísimo vocablo:
la canonización de una blasfemia.
Me arrojé hacia el olvido, hacia la pluma.
Reuní rápidamente en el espacio
de esta hoja, montañas, ríos, prados,
la veleidosidad de los colores
que busca mi alfiler coleccionista,
la cabra montaraz que es en la roca
la flor del equilibrio; el abejorro
que le permite rechinar al cielo.

Pero sentí de pronto que debía
sacudir la cabeza
y desenmarañarme las neuronas,
mover cabeza y lengua
hasta que la palabra
resbaló a estos renglones
como si el "rompan filas" de la muerte
diera en el centro mismo de un espejo.
Y al caer en el cosmos del poema,
en su fina estructura de reloj emotivo,
esta dura palabra
con la cual desperté,

vuelve un entrenamiento guerrillero
lo que intentaba ser día de campo.

18

Consignas

Que la chispa del título encienda la pradera.
Que avance por el sur de la hoja
el ejército del pueblo.
Que haya frases minadas.
Que se vinculen las guerrillas
del noroeste y el noreste.
Que estalle la huelga general en los gerundios.
Que la vanguardia se agilice
y lance la consigna
de tomar el poder.

Que huyan de mi poema los gusanos.

19

Recomendación

Este poema debe ser leído
de perfil, de canto,
o mejor: entre líneas.
El fantasma que lo escribe
carga su pluma a veces
con la tinta invisible
de su sangre.

EPIGRAMARIO

I

Oferta

Se renta libro de poemas.
Seis cantos. Metáforas.
Final feliz.
Informes en Adolfo Prieto 1618-66.

II

Refrán

Más vale ser la cola
del infinito
que la cabeza de la nada.

III

Futuro

Caminaba por Bakuningrado,
cuando...

IV

Final del libro

Y fue entonces cuando el Padre Brown,
desenvainando su lógica,
reveló que el asesino
no podías ser sino tú,
querido lector.

V

La revolución permanente

Cuando la orquesta toca
sin interrupción
tras el himno nacional,
la Internacional.

VI

Paranoia

En mi jardín interior
voy de lirio en lirio
de persecuciones

VII

El suicida

En un vaso con agua
toma la pastilla
de su punto final.

VIII

Disculpa

Hoy llegué tarde a la oficina
porque se me pegaron las sábanas.
O mejor: la mujer
que estaba entre las sábanas.

IX

Mucho, poco o nada

Tras de ese gancho directo al alma
sólo me queda desflorar entre tus piernas
una margarita.

X

Van Gogh

Ha nacido de mi pincel
una naturaleza muerta
de miedo.

XI

En el andén

Cuando reptó mi tren hacia la ausencia, se quedaron tus manos
untándole a los vientos sus adioses.

XII

Jardinería

Aquí, en esta naturaleza exuberante,
hay verde para echar para arriba.
Amarillos irritantes.
Morados sin vergüenza.
Flores que chisporrotean polvillo de oro.
Amapolas que son una majadería sobre el tallo.

XIII

Rastro

Al beso que dejamos en el campo
como supervivencia del banquete,
empezó a devorarlo un hormiguero
de puntos suspensivos.

ALGO PUEDE OCURRIR

Un temblor que destruya las paredes.
Un vómito en que pierda las entrañas.
El rostro congelado en la parálisis.
El sonar telefónico preñado,
como un agudo muerto de vergüenza,
de la muerte de un hijo;
la ausencia repentina de la amada
o quizás del amor
que doblado y en carta recibimos.
O llegar de repente la noticia
de que alguien es feliz en algún mundo
y le muestra su libro de sonrisas,
que tenía arrumbado allá en su sótano,
a una mujer
lectora.
Algo puede ocurrir.
Hasta pudiera ser, quizás, tal vez
este instante el instante
en que deje la pluma, la retire
de estos versos,
y la lleve a otra página y comience
a plasmar el mejor de los poemas
que saldrán de este Enrique.

UN PRINCIPIO

No es un defecto,
sino un principio:
a medida que avanzo
les van saliendo púas
a mis versos.

Ven lector, toma tus guantes.

ODA A LA GUILLOTINA

En la lucha de clases
del cerebro y la mano
terminará esta última
por erguirse a sí misma.

E.G.R.

Yo soy el que tajaba el lápiz,
el que sacaba punta al numen
manuable,
el que levantaba en vilo
la musa de mi pluma
fuente de mis palabras todas,
el que arrugó papeles y papeles hasta hacer de su cesto
la fe de erratas de mi casa,
ahí donde arrojé prácticamente
fragmentos arrugados del cerebro.
Yo soy el que dio con las metáforas exactas
para dinamitar puentes, catedrales,
relojes que recitan el poema del presente,
semáforos que en las esquinas fabrican anclas,
estatuas, meditaciones, prisas.

Yo soy el que trabaja el lápiz
para sacarle punta a la poesía,
para darles instrucción a las manos
—las que, lo sabes tú,
finalmente abren los ojos al cerrarse—,
para hacer la historia verdadera del vientre respetado,
para colocar mentadas de tiempo
en el corazón de la carroña.

Yo soy el que tajaba el lápiz
para mostrar que no son pocos
los que emplean su tiempo,
la arenilla que llevan en el pulso,
en construirle siempre sucursales
a su pobre egoísmo,
o tratar de ordeñarles a los músculos

una jarra tras otra de su fuerza.

Yo soy el que tajaba el lápiz
para gritar a "voz en verso" que el vínculo
entre una mano encallecida
y el que, emprendiendo un safari de paisajes,
ensarta capitales europeas en el hilo
de sus itinerarios,
no es como el que mantiene el viento con la geometría,
la tos del escorpión con el síncope de la mariposa,
sino como el que hay entre la causa
que le pisa los talones al efecto.

Tajaba el lápiz
para prender la mecha en cualquier esquina del orden
existente,
para arrojar mi colección completa de talones de Aquiles
en el pozo,
para hacer una guerrilla de lágrimas
violentas.

Mas hoy, encima de mi mesa,
al centro de mi alcoba,
al fondo de mi estado de ánimo,
no basta,
al tajar mi lápiz,
no basta, no,
no basta,
con estudiar la anatomía de la hiena,
fusilar la saliva del insecto,
denunciar las colonias de la náusea,
no basta con darle a oler a mi canto sabueso
una prenda de ese blanco.

No basta. No. No basta.
Hay que tajar ahora el lápiz
para señalar a aquel que goza
de la cuenta bancaria de "su" Hegel,
para apuntar al accionista
de Descartes,
al que cuenta los doblones, por la noche,
de su saber del Siglo de Oro,
al que guarda en su arca

los valores de Darwin o de Einstein,
al que esconde en su memoria fuerte
la tesis de Ricardo,
al que tiene un título de propiedad privada
de "su" Marx y "su" Lenin.

Yo soy el que taja el lápiz
para llevar al cadalso,
también a este enemigo.
Oh manos de todos los países, uníos.
Hay que guillotinar al individuo
que pretende tener el monopolio
del espíritu gris de su cerebro.

AQUÍ

Bajo estos árboles que cargan
los frutos de la altura.
Bajo el cielo que cortan las tijeras
de un pájaro.
En medio de los templos coloniales
donde el adobe indígena fornicaba
con la piedra española.
Tarde o temprano, vamos, compatriotas,
a rompemos la madre.

UNA TEMPORADA EN EL ESPECTRO

Éranse dos colores enemigos.
Una trinchera estaba pintada de verde.
La otra lo estaba de rojo.

Aunque el blanco
que les servía de frontera
hablaba y hablaba de paz,
los dos eran enemigos.
Y no podían dejar de hallarse en guerra.

Cuando los habitantes de un color
arrestaban a alguien del color opuesto
o bien lo intentaban cambiar de color
o bien lo pasaban por lo negro:
lo hacían blanco de su propia noche.

Yo pertenezco al rojo.
Un carajo me importa lo González.
Y no me inquietan sacrificios,
temores y amenazas
si la lucha está en camino
de inaugurar
en este cuerno de la abundancia de infortunios
la dictadura del color más bello
del espectro.
Pero en nuestro color
había parcelas ocupadas
por diversos matices de lo rojo.

Los "rojo pálidos", por ejemplo,
enviaron emisarios primero
espías después
para tomar el poder
en el color rojo.
Luego el rojo vivo luchó
no sólo contra el rojo pálido
sino también contra el sencillamente rojo.

Los rojo pálidos, los rojo vivos y los sencillamente rojo

se acusaban entre ellos
de hacerle el juego al color enemigo
o al blanco oportunista.

En la trinchera roja,
el rojo pálido decía que él era el verdadero rojo,
el rojo vivo, que no, que el verdadero era él,
el simplemente rojo, que él, y no otro, era el verdadero.

En la trinchera del rojo
reinaba tal confusión
que, tras un golpe de Estado,
el color enemigo
se adueñó del poder
en el país.
Por eso, compatriotas, la bandera nacional
ahora es verde.

UN HOMBRE

Había una vez un hombre
que decidió vivir para hallarse un día
en la Rotonda de los Hombres Ilustres.
Fue becario de El Colegio de México.
Se habló de tú con Carlos Fuentes.
E invitó a cenar
todos los jueves por la noche
a los directores
de las casas editoriales
más importantes del país.
Desde ahora podemos prever
que en su sepelio,
oh Pepe,
el Secretario de Educación Pública
podrá terminar sin interrupciones
la más extensa de las oraciones fúnebres.

EL HEREJE

Homenaje a *W. Reich*

I

En un tiempo fui parte
de la fracción erótica
del Partido Comunista.

Era un partido dentro del partido
como un ciego que se esconde en una gruta,
un águila en el águila del viento
o unos labios cerrados en mitad del camposanto.

Todos mis documentos,
clandestinos,
disfrazados de puertas clausuradas,
concluían:

"¡Proletarios y proletarias de todos los países, uníos!",
y denunciaban las razones neuróticas
por las que a veces
la hoz no se acostaba con el martillo
o gusanos generados en el lecho
devoraban la manzana
de los puños.

Mis principios:
que las bocas dispersas
(que hacen una antecámara
de besos suspensivos) cierren filas,
trituren el espacio mojigato.

Que al avanzar la piel, levante vuelo
la parvada de corpiños temerosos;
que nadie note, no,
la militancia reservada
de tus malas intenciones;
que sea tu estrategia conquistar,
en medio de las sábanas,
el frente unido,
tu táctica formar en la epidermis
una asamblea de poros excitados,

un mitin en que el sexo se levante
y tome la palabra.

Se reparó en mis actos fraccionales,
en mi pasarme los días amueblando
catacumbas.

Se me buscó de arriba
(como si preguntara alguna cúpula
por uno de sus sótanos)
para contarme cómo Giordano Bruno
—la verdad convertida en laberinto—
terminó por ser pasto
de un hambriento rebaño luminoso.

Tras una fatigosa discusión,
se insistió en que debía retractarme
Y que en el árbol de la noche triste de mi arrepentimiento
se ahorcaran mis palabras.
Sin esperar al Congreso
se decretó la expulsión de la libido...

Y yo,
sin mi carnet,
como si se dijera
que se le sale a uno de la bolsa
la identidad, salí a buscar un buitre enamorado
de mis entrañas.

II

También fui yo colega
de ese tipo de médicos que tienen
a neuróticos espermatozoides
por pacientes.
Los ilustres doctores
(barbas, lentes, sentados
en el muelle sillón de la ortodoxia)
hablaron de espionaje, murmuraron
que no era mi monóculo otra cosa
que un ojo en su corsé de cerradura,
denunciaron mis escritos
como, por lo menos,

el relincho del caballo de Troya
o un puñal que flirtea con la espalda.

Yo hablaba
de que el enemigo principal
era el sexo reprimido,
tapiado en su bragueta moralista;
le hablé directamente a los testículos;
invité a discutir a los ovarios.
La solución (decía,
sembrando el descontento en mis colegas)
no se halla en el sofá sino en la cama.
Es una estupidez (grité furioso)
permitir que tu sexo
doblegue la cerviz en la impotencia
o que haya en este siglo todavía
virginidad de orgasmos.

Algo especial:
hurtarle los secretos a la cama,
dominar el amor desde el inicio
hasta el final feliz;
no sólo el arma de la crítica debe convertirse
en la crítica de las armas,
sino el principio del placer
en el placer del principio.
Todo debe empezar con algún beso
que al haber estallado a quemarropa
derrita la camisa y el corpiño
o que deje en los pies que se haga un charco
de pantalones.

También se decidió pedirme cuentas.
Se me exigió asimismo desdecirme
y desandar cada uno de mis libros.
Con la espada flamígera del dogma,
desollando la piel de cualquier duda,
se me mostró el camino hacia la puerta.
Sin perder los ideales, sin perderlos,
me sentí como Adán
cuando, expulsado, no pudo retener el paraíso
sino tan sólo el cuerpo
de su amada.